

LOS LIBROS

«LA BELDACA», (Novela guayaquileña) (1)

Alfredo Pareja pertenece a un grupo de escritores que están revelando una vigorosa personalidad en América: al grupo de Guayaquil. Decir que ese grupo representa lo más auténtico de la literatura ecuatoriana es, desde luego, una afirmación apresurada. Pero, afirmar que es lo más contexturado y más homogéneo, fluye de la mera lectura de sus obras. Cuando se compara «Huasipungo», novela de la sierra ecuatoriana, de Jorge Icaza, con las novelas de la costa y del montuvio, nadie dudará de lo peligroso que son ciertas generalizaciones. Ello no implica ningún regateo a la literatura del Guayas, vigorosa y descarnada, con un soplo doloroso y realista formidable.

Siluetta de Alfredo Pareja.

Conocí a Alfredo Pareja en Guayaquil, allá por el mes de septiembre de 1932. Yo acababa de llegar... Miento: yo iba, una vez más a Guayaquil, y no era en septiembre, sino pocos días antes que finalizara el mes de agosto, precisamente el día 27 en que había estallado en Quito el motín de la «Bolívar», en el cual pereció casi un millar de ciudadanos.

Lo recuerdo bien: yo había desembarcado en La Libertad,

(1) Prólogo de la novela ecuatoriana «La Beldaca», y en publicación en la Editorial Ercilla. Santiago. Chile.

puertecillo tirado sobre la arena, al norte de Guayaquil; puertecillo petrolero, en donde un funcionario vigoroso y jovial—Secundino Darquea—abría los brazos a los desterrados apristas que llegábamos de Panamá, en busca de tierras más cercanas al Perú. Acababa de ocurrir la tragedia heroica de Trujillo. Estábamos vibrantes de presagios y de voluntad de hacer. El autocarril avanzaba dificultosamente por entre un paisaje escueto y triste. Tiempo para meditar, y carne para soportar, y aridez para introvertirse. De pronto, un automóvil. Días antes había sido asaltado un coche y victimados sus pasajeros. Mi mano acarició instintivamente la culata de la pistola. Pero, no. Un par de brazos que se abren, y un grito fraterno: «Luis Alberto». Era Gilberto Owen, el gran poeta mexicano, pura imaginación y ansia incontenible de vida, quien me llamaba. Junto a él, un joven pulcro, de naricilla respingona, cabello castaño, vestido de blanco, sonriente: «Alfredo Pareja Diez Canseco». Y un señor Janer. Abrazos, noticias de la tragedia de Quito. Noches más tarde, en el *Portiche* de Guayaquil, Alfredo nos leía, a Owen y a mí, los últimos capítulos de su «Muelle». Discutimos sobre desenlaces posibles. Pareja, asequible y atento, escuchaba las razones. Entiendo que de ahí nació la transformación del final de «Muelle». Pareja, demasiado contagiado del mesianismo verbal de la propaganda comunista, había querido liquidar su novela con una proclama encrespada a la Revolución Social.

No dudé, no dudamos de la intención ni de la eficacia, pero, sí, del buen gusto. Y Pareja, siempre tenso, discutió largas horas. Y así anudamos una amistad. Y desde entonces tuve el más profundo interés en que se divulgara la obra del joven escritor ecuatoriano, a quien las pasiones políticas del momento, habían inspirado dos libros de clave, uno de ellos bastante ácido. Fracasó una gestión en Buenos Aires: estoy seguro de que la Editorial bonaerense se ha dado cuenta de que «Muelle» es, por lo menos, de igual vigor a «La Virgen de los Cristeros» de Fernando Robles u otras obras. Y, sólo pocos meses después, «Muelle» apa-

recía editado por los hermanos Rumazo González, de Quito. Recuerdo que Alfonso Rumazo tuvo que vencer serias dificultades de «su» público, que resistía a «Muelle» como una obra salaz, cruda, revolucionaria. La mojigatería se alarmó contra Pareja, a pesar de que Benjamín Carrión—entonces Vicerrector de la Universidad Central de Quito,—amparó el libro con un prólogo encomiástico.

Poco después, Pareja partió, en una empresa comercial—marítima, a Lima. Y, ahora, al cabo de los años, tropiezo con un original suyo y una invitación a prologarlo. No es poca la satisfacción de tener una oportunidad para recordar tantos episodios, y de hablar acerca de Pareja, su obra y la literatura guayaquileña.

Algunos apuntes sobre Guayaquil.

Guayaquil es un puerto exuberantemente tropical. Posee todos los ingredientes del trópico: decoración y miseria convivientes; locuacidad y sensualidad; mujeres de cintura angosta y caderas anchas; hombres pálidos, de ojos brillantes; pereza visible; alimentación frutal y parca; obreros con anemia ostensible y señoritos de pulcros trajes blancos; chiquillos harapientos; problemas políticos de un localismo exacerbado; diminutivo presto, y familiaridad callejera; salacidad de vocabulario y agilidad de pensamiento; paisaje hermosísimo, con flora espléndida, pero la fauna humana exhibiendo los estragos del permanente estío; mosquiteros y hamacas; telas de vivísimos colores; cantinas con mesitas bajo los portales, y la crónica policial que siempre abunda, pintando secuestros, agresiones, violaciones, estupros.

Nada más lejos de mí que acentuar colores adversos. Amo el trópico, y he pasado en Guayaquil días gratos. Pero, su realidad, bajo la apariencia fugaz, encierra una injusticia que no se calla y una sensualidad desbordante.

Las pasiones en Guayaquil, sobre todo las pasiones políticas, son intensas, pero no extensas. Los líderes del movimiento obrero de 1922 por ejemplo, son hoy gentes cómodas. Los universitarios se pelean con los alumnos del Colegio Rocafuerte, por influencia de dos personalidades, los doctores Arroyo del Río y Trujillo. Hay comunismo teórico que, a menudo, no escatima la intervención caudillesca. La oposición con la sierra, si bien atemperada, es aún aguda. Los hombres son violentos, lo cual da un tono apremiante a sus pasiones, aunque no perduren mucho. La crisis del cacao ha echado una sombra de miseria sobre Guayaquil. Como siempre, el monocultivo antecede a la angustia económica. En un medio como ese, tenía que florecer una literatura de protesta, y así es la literatura de Guayaquil: literatura de protesta. Su realismo es una compensación al optimismo de la restante literatura ecuatoriana. Los escritores no vieron antes sino lo pintoresco. La poesía era... pero, esto merece párrafo aparte.

Dos tipos opuestos.

Comparemos «Cumandá» con «Huasipungo». En Mera, el indígena es un ser idílico. En Icaza, un ser como es: oprimido, miserable, agobiado por una carga secular. La poesía guayaquileña también era así. Con el grupo de Medardo Angel Silva, Falconi, Egas, era una poesía decadente, en la que los dramas individuales primaban sobre toda otra consideración. Si cabe una comparación gráfica, apelemos a lo francés: entre Bourget y Malraux. Bourget, en quien las dubitaciones individuales de un Robert Greslou son más importantes que la trama entera de su época. En Malraux, o en ese redimido Gide, en quienes el dolor multitudinario encuentra eco, y eco grandioso y tremante. ¿Acaso siempre no sufrió la masa? Claro que sí. Los centenares de miles de fusilados, confinados, presos y desterrados franceses de 1870 eran de estirpe humana. ¿Por qué la literatura no supo alquitarar aquella tragedia, y los literatos, con mohines

de superioridad tildaron a eso de «política»? No es que la guerra solamente haya cavado el surco. Es que la guerra puso en contacto a las gentes, acostumbró a ver el dolor cara a cara, y entonces surgió la conclusión lógica: el mundo vivía deformado por la literatura, o, mejor dicho, la literatura servía sólo de entretenimiento a los satisfechos. La angustia que germinaba en la literatura rusa, parecía entretenida e interesante. Pero después de 1918 Europa entera comprendió que lo entretenido e interesante era real, y la realidad, dolorosa, y el dolor, múltiple y circundante. Y la literatura hubo de apelar a aquello que estaba escondido entre las gárgolas del lenguaje estilizado, para expresar su protesta, su inconformidad, su agonía. La agonía no puede vivir con tersuras. Y nuestra crispación no admite otro vocablo que aquél que brota de lo más hondo de nuestro sentido de justicia herido, de nuestra angustia palpitante.

Los jóvenes escritores de Guayaquil, por eso, si bien rinden culto familiar a Silva, el suicida del Guayas, y al otro Silva, e suicida de Bogotá, saben que hay otro suicidio—suicidio colectivo—ante el cual no caben gestos de Jeremías, sino actitudes de remedio. Y la literatura ha adoptado la posición del que sirve a los demás, se ha decidido a servir, ella que estaba habituada a que la sirvieran todos.

Definición provisional.

Alfredo Pareja no es, por cierto, un escritor revolucionario. Es un descontento. En el terreno de la revolución prefiere el extremismo de los libros, el asco a lo habitual y el retrato de las miserias que lo rodean. Igual Joaquín Gallegos Lara, cuya exacerbación tiene también como ingrediente su propio drama y su propio enclaustramiento. Algo semejante en Aguilera Malta, quien, por haber visto más mundo, por haber vivido más en contacto con la realidad torva de América, ha encontrado expresiones más logradas ya. Y así, en Gil Filbert, cuya juventud no es óbice, sin embargo, para una espléndida interpretación del

dolor de la costa ecuatoriana. Y en José de la Cuadra, en quien los resabios de su conformación intelectual, imponen cierta medida, discordante con el crispamiento de los ya nombrados. Y algo semejante pasa en Fernández Allorz.

Cabe, sin embargo, un reparo. Un reparo que, por lo demás, no es sino una comprobación. Los escritores del Guayas, lanzados al torbellino teórico, han perdido, muchas veces, energías en averiguar si estaban haciendo literatura marxista. Y marxistamente, preciso es advertirlo, marxistamente, una literatura responde a un hecho social, y un hecho social no es producto de una deliberación ni de un decreto, sino de una realidad.

La realidad social ecuatoriana es una de las más feudales de América. Tanto como la boliviana y como la de la sierra peruana. Es lógico que sus más conocidos exponentes literarios sean lucidores y señoriales, como Zaldumbide, y, aun a pesar suyo, como Benjamín Carrión, en quien la intención puede menos que el hábito, que la herencia histórica.

¿Quiere decir esto que, por tanto, la literatura guayaquileña deba someterse a los señores feudales de la literatura, de la economía y de la política? En manera alguna. Quiere decir, simplemente, que es bueno en un escritor observar y pintar, sin caer en la proclama ni en la publicidad. La anécdota de Tolstoy comprendido por Lenin y vituperado por los radicales vociferantes de la primera etapa comunista rusa, es muy aleccionadora.

La literatura ecuatoriana vive su hora de descubrimiento. Está calando en lo ignorado, en lo inédito: en el indio y el montuvio, pero, por herencia, se inclina a ver en ello el tipo, el protagonista macho, y por eso, tal vez, en la literatura del Guayas sobre todo, el estupro y la violación aparecen con más frecuencia de la real, e impregna a sus escritores de una aguda sensualidad a contrapelo. No quisieran serlo, pero se deleitan excesivamente en una cadera contorneada, en una nalga mórbida, en la pierna maciza de la india o la montuvia a la que no pueden mirar todavía sin ojos de captores, de conquistadores, de gozadores.

Personalidad y ámbito.

Sin embargo, es necesario recalcar que la literatura ecuatoriana es la primera que se desembaraza del ropaje colonial. Mientras la novela chilena vive todavía en epitalamio con la naturaleza; mientras en la peruana dialogan el tono viejo del espectador con el polémico del militante aprista que respalda sus dichos con sus hechos; mientras la mexicana atraviesa por la etapa más serena del que hizo y cuenta sus hazañas en tono de conversación de sobremesa— aun en el espantoso Fierro que aparece en «El Aguila y la serpiente» hay cierto desenfado de Aretino, que relata cosas naturales, no ya licencias carnales, sino licencias sádicas y sanguinarias— en el Ecuador, en donde no existe el compás occidentalizante de Chile, la plenitud mexicana que avanza por cauces más normales, aunque no menos laboriosos, después de una gesta cruenta; la crispación de la peruana que está ya en la brecha, peleando de veras; en el Ecuador se conjuga el ímpetu de hacer con la desorientación de no saber qué hacer. Y es ello lo que fluye de su literatura de hoy.

Alfredo Pareja y su nueva novela.

Quienes lean la novela de Alfredo Pareja, esta nueva novela, han de tener oportunidad de comparar las aseveraciones del prologuista con el rumbo mismo de la obra. Pareja será un gran novelista, a medida de que olvide dos hechos que pesan sobre él: su herencia aristocrática—y es heroico haberla sobrepujado, cosa que no han logrado otros de su misma estirpe—y sus devaneos teóricos que lo alejan del *hacer*. No creo yo que un literato deba por fuerza ser un actor. Pero, creo, sí, que debe ser un hombre cabal. Un hombre que se dé sin subterfugios. Yo no soy comunista, y, al revés, creo que la torpeza comunista en América ha malogrado más de un esfuerzo, como ocurrió en Cuba en 1933 y como ha ocurrido en el propio Ecuador tantas

veces, la rectificación—rectificación, sí, señor—del comunismo criollo ahora propicia, «frentes únicos», aunque con tales argumentos que denuncian sus propósitos de siempre—ver los casos del Brasil, Chile, Perú, etc. Pues bien, a pesar de no ser comunista, respeto a quien, siéndolo, consecuente con su línea de acción, se da. Admiro, por ejemplo, el sacrificio de un Barbusse, que ha dado a su causa, su estilo... y un libro mediocre—el «Stalín»—que no le hace honor como escritor, pero que contribuye a la propaganda de sus ideas. Y es este el caso. El escritor, en la hora americana que vivimos, no puede permanecer al margen, escudándose en argumentos especiosos que sólo sirven para ocultar su inactividad o su cobardía. La deserción del intelectual es hoy un delito. El intelectual debe rendir su máximo, en su forma de expresión más lograda y sincera, sin regateos ni subterfugios. Así lo hacemos los intelectuales apristas, en donde quiera que estemos; así lo hacen esos jóvenes poetas y escritores del nuevo Perú.

No envuelve lo anterior ninguna censura. Ni mucho menos al literato. Alfredo Pareja está llamado a ser uno de los primeros novelistas del continente, vale decir, *del idioma*. Lo es ya, pese a su poca difusión. Lo que le falta en tamaño y técnica, lo tiene sobradamente en energía y vigor. Su fuerza descriptiva y su patetismo no corresponden a una ficción, sino a un impulso sincero y auténtico. Por eso mismo, por tener tanta capacidad y tanta fuerza, soporta ventajosamente los reparos. Y tal, como ayer, saludé en «Muelle» una gran novela americana, hoy le agradezco a Alfredo Pareja que me haya brindado el exergo de su libro para unir mi nombre al suyo y dialogar con su intención, que es tan provechoso como dialogar con su propia persona.

Así termina esta disquisición inoportuna acerca de uno de los más sólidos y promisoros—mañana y presente en un haz—escritores del continente.

Destierro, Santiago, julio de 1935.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.